

ESAS TARDES

Gloria O. J. Martínez*

NOTA DEL EDITOR

Éste es un poema inédito que la autora cedió gentilmente a nuestra revista.

Miro pasar la tarde como aquéllas de antaño
cuando las tres hermanas vivíamos felices...
Pese a tantas ausencias, y al paso de los años,
nuestras tardes de invierno cromaban sus matices.

Sara Noemí tejía o bordaba manteles;
Mireya, en la cocina, un bizcochuelo horneaba;
el sol por todas partes pasaba sus pinceles.
Yo, socráticamente, no hacía nada y soñaba.

Nos congregaba el mate o la rica merienda.
Charlando, no dejábamos títere con cabeza;
reíamos las tres sin agravio que ofenda
o nos emocionábamos de una simple simpleza.

En otras ocasiones, Sara Noemí y sus mapas,
Mireya su francés o su guitarra amada...
Yo cerraba el Mío Cid y por mesa su tapa
en cualquier hoja en blanco unos versos dejaba.

Al llegar el ocaso el Rosario sagrado
era amparo y consuelo y esperanza y abrigo,
nos unía en el cielo con los muertos amados
y rezábamos juntas por parientes y amigos.

* Poeta argentina. Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Exacadémica y docente de la Universidad del Salvador. Correo electrónico: gloria.martinez2012@speedy.com.ar
Gramma, XXIII, 49 (2012), pp. 218-219.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Sara Noemí y sus cátedras; Mireya y sus lecciones,
yo en una conferencia o en la universidad,
pero al volver a casa la luz en los balcones
decía: «¡Ya llegamos!» y era felicidad.

Sara Noemí velaba por sus pobres, sensible;
Mireya era al estilo de los antiguos santos.
Yo, que quise imitarlas en todo lo posible
para ser como ellas, nunca he llegado a tanto.

Sara Noemí se fue un noviembre dorado;
junto a su rostro blanco, unos blancos jazmines...
quedó a medio bordar el último bordado
y un mapa de isotermas borroso en los confines.

En un invierno helado, Mireya se fue al cielo.
Cayó sobre el dolor una insólita nieve;
dejó en cada detalle vacío y desconsuelo
y sin gastar las suelas de unas pantuflas breves.

Hoy al volver a casa, las luces apagadas,
las hornallas vacías y sordo y mudo el piano;
ni risas cristalinas, ni ruidos de pisadas
y una vacilación de la llave en mi mano.

Miro pasar la tarde como aquéllas de entonces...
me acosan los recuerdos con un dolor profundo,
me pesa el corazón cual si fuera de bronce.
Y la felicidad no es cosa de este mundo.